

Treinta y cuatro mil pies.

Caigo.

En principio, una inmensa capa de nubes grises bloquea la visión entre yo y mi objetivo, a casi treinta y cuatro mil cuatrocientos pies de altura, y acompañada por el silbido producente de la caída de seis toneladas de compañeras, la mente de un objeto como yo se vuelve obtusa. La moral, por supuesto, es inexistente dentro de esta pequeña chispa de inteligencia metálica. Sólo existe el objetivo, allí abajo... ahora, a unos treinta y dos mil pies de distancia.

El pequeño Jhon Withman iba cogido de la mano de su padre. Todo el mundo pasaba a su alrededor dándose codazos los unos a los otros. La gente corría de una a otra ventanilla... unos se molestaban entre sí, otros se saludaban. Los más eran los primeros, que, ávidos por conseguir ganar algo de dinero, miraban a los ojos de los demás intentando discernir el resultado de la carrera.

- ¡Señor Withman! ¡Señor Withman!

Un hombre, vestido con un traje de corte clásico, que sostenía sobre su cabeza unas papeletas amarillentas, haciéndolas oscilar hacia delante y hacia atrás con gran consumo de energía, se acercaba como podía al padre del pequeño Jhon. Tropezaba con unos y con otros, abriéndose paso hacia su objetivo.

El señor Withman no parecía intentar hacerle caso. La cola, donde esperaban pacientemente a que llegase su turno, avanzó un poco más.

Primera capa de nubes superada. Demasiada humedad a esta altura. El ruido de los motores del B-17 robado a los ingleses se aleja hacia oriente, a nuestro imperio. Aquí, entre este amasijo de agua condensada, se comienzan a generar fuerzas eléctricas. Espero no recibir ningún impacto de la naturaleza antes de alcanzar mi objetivo. Yo voy en cabeza. Más capas de nubes esperan abajo.

Una gota de agua cayó en la nariz del pequeño Withman, que miraba hacia arriba, aún cogido de la mano de su padre, pues le había parecido escuchar el ruido de un motor.

- ¡Señor Withman! Al fin... uff, que atasco.

El hombre, que era una cabeza más bajo que su padre, se acercó a este con una cara irónica. Cómo esperando un amable saludo como correspondencia a su actuación. Un saludo que nunca llegó, ya que el señor Withman era un hombre muy serio, y de posición tan respetable que no le apetecía para nada ser visto en el hipódromo hablando con un personaje de tan baja cuna. El padre de Jhon hizo un gesto con la mano, como intentando alejar a aquél individuo. Pero el gesto cayó en el olvido rápidamente.

El hombre acercó su aliento a la oreja del señor Withman, y habló, simulando un susurro, en voz suficientemente alta como para ser oído por Jhon, y también por los que había delante y detrás de ellos en aquella cola.

Cuando la segunda gota de agua cayó sobre la ceja izquierda del pequeño Jhon, que aún seguía mirando hacia arriba, este supuso que lo que había oído era un trueno, y que pronto comenzaría a llover.

Esta pequeña mente no podría funcionar correctamente si no fuese por la globalidad de las seis toneladas de acero y explosivo que me acompañan. Yo voy en cabeza, pero es importante que todas y cada una de nosotras consiga el estrago deseado por "aquél que manda". Los ingleses no se darán cuenta de nada. Uno de sus aviones, pilotado por uno de los nuestros, que habla perfecto inglés, estaba practicando sobre Londres. No ocurre nada. Sólo veintiocho mil pies más...

- Tengo un chivatazo impresionante. Por doscientas libras puede ser suyo.

El señor Withman miró en la dirección opuesta, con porte serio.

El hombre, que parecía una rata, tanto por las facciones como por los movimientos rápidos y sinuosos alrededor de su presa, se situó al otro lado de Withman, esperando que el segundo ataque diese en el blanco deseado.

- Piénselo, es un diez a uno. Si apuesta una cantidad alta... - sonrió, como si lo supiese todo de su objetivo.- Digamos... doscientas libras... y usted puede hacerlo...

El pequeño Jhon observó por encima de la gente, que ya se estaba sentando en las gradas dispuestas alrededor del recinto ovalado. Los jinetes estaban llevando a sus monturas a las posiciones de salida.

Veintiséis mil pies más. No existe sensación térmica en un cuerpo de metal. Si la hubiese, ahora estaría sintiendo frío. Un montón de pequeñas gotas de agua acompañan nuestra caída. La luz del sol, que se filtra por pequeñas aberturas en la capa de nubes de arriba, se refleja en ellas, cayendo sobre la capa de abajo, de un color igualmente oscuro, y provocando reflejos y brillos de los colores del arco iris. Si ellos pudiesen volar así... El espectáculo es precioso.

Había un caballo negro con un porte diferente a los demás. Era algo más robusto, no como el típico caballo inglés, alto y esbelto, sino algo más bajo y fuerte. No parecía tan rápido. Sin embargo. La vista del pequeño Jhon se quedó allí clavada, y el escenario que rodeaba a aquella bestia, pareció distorsionarse hasta casi desaparecer por el instante de unos segundos.

- No me interesa, señor, le ruego que no me moleste más.

- Pero... ¡Señor Withman!...

La cola avanzó un poco más. Withman empujó con suavidad, poniendo la mano en el pecho, a aquél individuo metomentado, y estiró de la mano del pequeño Jhon, que dejó, debido al empuje, de mirar absorto hacia la arena.

- No debería desaprovechar esta...

Withman miró muy seriamente a la cara de aquella pequeña rata. La mirada de enfado de Withman podría haber detenido a todo un regimiento de tanques Panzer en el frente de batalla.

- Debería estar usted en Francia, timando a los alemanes, y no a los de su país...
¿Ha pensado usted en esa posibilidad?

Withman, y esto era un dato conocido en toda la ciudad, era amigo de jueces y abogados. Incluso se decía que había tomado té en palacio, en alguna que otra ocasión. Aquél individuo desapareció rápidamente entre la multitud. Entonces el padre bajó la mirada y sonrió al hijo.

Hemos alcanzado la velocidad máxima. Atravesamos la segunda capa de nubes. ¡Oh, que placer contemplar al fin la tierra firme allá abajo! No ha habido error. La inmensa ciudad enemiga comienza a dibujarse allí. Veintidós mil pies más, y habrá un gran infierno entre nuestro enemigo.

Empezó a llover ligeramente.

- ¡Papa, papa! Apuesta por aquél...

El niño señaló al caballo negro. Withman sonrió. Habían llegado, al fin, a la ventanilla de las apuestas.

- Cien libras por “El Español”, el número seis.

Un hombre vestido con un chaleco de rayas, con la cabeza cubierta por un sombrero blanco, y el ojo derecho tapado con un monóculo con montura plateada, miró a Withman con cara de espanto.

Después de unas décimas de segundo, intentó mostrar su mejor sonrisa y colocó las palmas de ambas manos sobre el mostrador.

- Señor... si me permite darle un pequeño consejo...

- He dicho el número seis.

- Es el peor caballo de la carrera y...

- ¿Acaso no me ha oído?

Es una ciudad inmensa. Allí veo el Támesis. Allí el puente, la torre del reloj...

Es una ciudad inmensa. Sólo dieciséis mil pies más.

El señor y el señorito Withman se dirigieron a sus gradas... situadas a media altura, en una posición preferente, bajo un toldo que hubiese cubierto de la intensidad del sol en cualquier mes de verano... que ahora vendría muy bien para la lluvia, que parecía empezar a ser más fuerte. Afortunadamente, el agua no era motivo para cancelar las carreras. Se escuchó el pistoletazo de salida. La gente se cubría con periódicos, con sus chaquetas... y algún afortunado se había acordado del paraguas aquella triste mañana de enero.

Sólo diez mil pies más. La gente de allí abajo va a sentir el calor del sol.

Withman tuvo que estirar del cuello de la chaqueta del pequeño Jhon para que este se sentase en su lugar. El niño estaba emocionado. Primera curva.

Los cascos de los caballos pisan con fuerza en la tierra empapada, haciendo que los granos del primer elemento salten disparados en todas direcciones. A nivel microscópico, cada vez que una pezuña pisaba la tierra, se producía una explosión de color y una tormenta de arena. El sudor hace que la piel de los animales brille. Los jinetes miran al frente, sin desviar la mirada de la pista, atizando fuertemente a sus monturas que, escupiendo saliva por la boca se esfuerzan a llegar al final, sin preocuparse de la posición, sólo por el hecho de que termine ese pequeño infierno que ahora los rodea.

El caballo de Jhon iba en último lugar.

Cuatro mil pies.

Segunda recta.

El jinete que monta el número cuatro, en quinta posición, ve por el rabillo del ojo una sombra negra. Aprieta los dientes... sabe que no debería hacerlo... pero la sombra negra parece adelantarse poco a poco. Mira a la derecha.

Jhon vio cómo el caballo que iba delante del suyo caía al doblarse sobre una de sus patas delanteras. El jinete, vestido con una camisa amarilla y pantalones blancos, voló, literalmente sobre la cabeza del animal y cayó junto a éste sobre el barro, dando varias vueltas sobre sí mismo y causando que arena, agua y barro saltasen a su alrededor en una explosión de colores apagados.

El niño no pudo contenerse, saltó de alegría de su asiento y se puso de pie, aplaudiendo en alto. Para él, el mundo se centraba en aquel precioso caballo negro... lo demás era un borroso escenario de luces y sombras.

Sólo ochocientos pies más. ¿Nadie se habrá percatado aún de lo cercana que está la muerte...a sólo unos metros sobre sus cabezas?

Segunda curva.

El jinete que monta sobre el caballo número cinco está intentando adelantar al número dos, ambos en las posiciones tercera y cuarta, respectivamente. Algo aparece a su derecha. Movidado por un impulso nervioso, mira hacia allá, para ver al caballo negro adelantando a gran velocidad. No recuerda tirar de la brida para estabilizar el giro.

Jhon, ya subido encima de su asiento, de pie, con su padre intentando calmar al hombre grueso que había detrás de él, vio cómo los dos caballos que iban por delante del suyo chocaban entre sí. Ambos fueron al suelo. El niño comenzó a sentir cómo las lágrimas se escapaban de sus ojos... pura emoción.

El caballo número seis alcanzó a los número uno y tres, que, en paralelo, luchaban por la victoria... y se introdujo en el pequeño espacio que había entre ambos.

Ya estamos aquí. Saludos a todos. Seis toneladas de muerte.

Tercera recta, final de carrera.

Se escuchó un silbido agudo. Alguien miró hacia arriba. Alguien gritó.

Jhon no escuchaba, no miraba, sólo veía cómo su caballo entraba, por unos centímetros, delante de sus dos rivales por la línea de llegada. Withman tiró de nuevo de su chaqueta, pero el se resistía.

Se escuchó una tremenda explosión, más silbidos. Había sido demasiado cerca. El pánico se apoderó del resto de la gente. ¡Alemanes! Se escuchaba en algunos lugares. ¡Bombardeo! Se escuchaba en otros. La alegría se apoderó de Jhon, su caballo había ganado. Los tres que habían conseguido llegar a meta comenzaban a amainar la marcha. El jinete del caballo negro miraba hacia allá. Miraba a Jhon.

¡A cubierto! Se escuchaba en otros lugares. La gente se movía con prisa por delante del estático Jhon, que fue entonces arrastrado por la fuerza de su padre.

Se escucharon más explosiones...

La pequeña mente de metal no piensa... sólo cumple su trabajo.

Algo pesado atravesó el toldo que protegía a los más adinerados de la lluvia en el hipódromo. Algo con olor a muerte cayó a pocos metros del señor Withman, que acababa de ganar ochocientas libras. Entre una avalancha de color sangre, trozos de personas flotando en el ambiente, ruido sordo, el tiempo a punto de detenerse... terminó la carrera. Terminó la sonrisa del pequeño Jhon... Terminó todo.